

SERMON

PREDICADO EN LA

IGLESIA DEL CARMEN

DE SAN LUIS POTOSI

EL 13 DE SETIEMBRE DE 1885

Por el Ilmo. Sr. Obispo Diocesano Dr. y Maestro

D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON

AL TERMINAR EL NOVENARIO

QUE PARA PEDIR AL CIELO LA CESACION DE LA PESTE EN ESPAÑA

MANDÓ CELEBRAR EN

COLONIA ESPAÑOLA

De la referida Ciudad de San Luis Potosi.



SAN LUIS POTOSI.

Esquivel y Salas, Litógrafos e Impresores.

1885.

In Pres. Don Antonio Plan

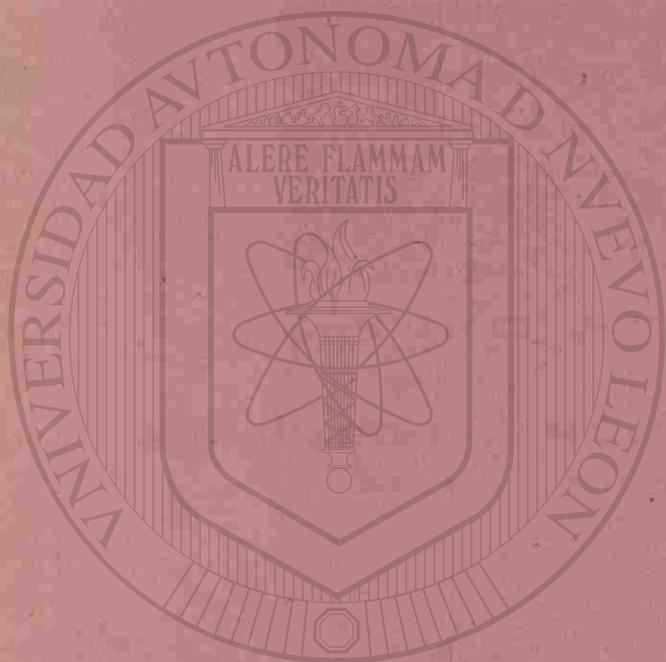
P217
4

DP217

S4



1080028109



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PREDICADO EN LA

IGLESIA DEL CARMEN

DE SAN LUIS POTOSI

EL 13 DE SETIEMBRE DE 1885

Por el Ilmo. Sr. Obispo Diocesano Dr. y Maestro

D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON

AL TERMINAR EL NOVENARIO

QUE PARA PEDIR AL CIELO LA CESACION DE LA PESTE EN ESPAÑA

MANDÓ CELEBRAR LA

COLONIA ESPAÑOLA

De la referida Ciudad de San Luis Potosí.

FONDO SALVADOR ROSCANO



BIBLIOTECA DE SAN LUIS POTOSI

Esquivel y Salas, Litógrafos e Impresores.

1885.

38151

252
M

STATION

IGLESIA DEL CARMEN

F12 PD

4 S



127005

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

38191

... en la fatal media cuando la peste negra se paraba
de la mención que se hizo de tener a este siglo pas
... antes se habían en la infancia de el año
... pasado cuando la desdichada / queles era
... cada un hasta un de sus habitantes. En
... el pie de la tierra en España lo que del día
... (del juicio propio llamado (1.º de VII 34). En
... que y aun en el lecho del dolor, una agonia se au-
... el año en la tierra se convierte en ve
... como espigas los que
... en los campos los
... en su ciudad las
... los que
... que se ven invadi

Immisit Dominus pestilentiam in Israel de
mane usque tempus constitutum et mortui
sunt ex populo, a Dan usque Bersabee, sep-
tuaginta millia virorum.

Envió el Señor la peste sobre Israel, desde
la mañana hasta el tiempo establecido, y mu-
rieron del pueblo, desde Dan hasta Bersabee,
setenta mil hombres.

II Reg. XXIV, 15.

INFAUSTAS son las nuevas que nos llegan de la
tierra de nuestros padres. No parece sino que en
los periódicos y los telegramas que de España
nos envían se han propuesto copiar textualmente
las palabras de la Escritura que acabo de citaros,
sin exceptuar aun la enormísima cifra de víctimas que
la peste ha postrado en brevísimo tiempo. De un con-
fin á otro confin de la península Ibérica, *a Dan usque
Bersabee*, desde Gibraltar hasta los Pirineos, desde Gra-
nada hasta Zaragoza, desde Algeciras hasta el mar de
Cantabria, el Angel de la muerte se está paseando con
rápido vuelo, dejando libre uno que otro afortunado
pueblo, pero sembrando la desolación y el espanto don-
dequiera que bate sus alas vengadoras. Jamás se ha-
bía oído tamaña desproporción entre los atacados de la
peste y los que sucumben; ni en la primera mitad del
siglo presente, cuando la epidemia Asiática era desco-
nocida en Europa, y la ciencia se confesaba impotente;

ni en la Edad Media cuando la peste negra se burlaba de la medicina, que si hemos de creer á este siglo presuntuoso, entonces se hallaba en la infancia; ni el año próximo pasado, cuando la desdichada Nápoles veía morir cada día hasta *mil* de sus habitantes. Se está verificando al pié de la letra en España lo que del día del juicio predijo Jesucristo. (Luc. XVII, 34). De cada dos que yacen en el lecho del dolor, uno apenas se salva, el otro en breves instantes se convierte en yerto cadáver: *in illa nocte erunt duo in lecto uno, unus assumetur et alter relinquetur.* Caen como espigas los operarios en las fábricas, los agricultores en los campos, los marineros en los barcos, los empleados en su oficina, las mujeres en sus faenas, los niños en la escuela, los estudiantes en las aulas; y de cada dos que se ven invadidos, uno sólo, uno apenas recobra la salud. *Duo erunt molentes in unum: una assumetur et altera relinquetur: duo in agro; unus assumetur et alter relinquetur.*

¡Y allí tenéis muchos de vosotros á vuestros padres, á vuestros hermanos, á vuestros hijos! . . . ¡Y allí tenemos todos deudos y allegados, y amigos y colegas! ¡Y allí la América latina, mal que pese á una bastarda política, tiene mancomunados sus intereses y sus destinos! ¡Y cada cadáver que se hunde en aquella histórica tierra, es un creyente menos, es un pecho menos que oponer á los bárbaros del Norte, que en uno y otro continente tienden á aniquilar nuestra raza, es una barrera menos contra el protestantismo alemán y el protestantismo Norte-Americano.

¡Ah! Con razón, aunque tan lejos, han herido vuestros corazones los ayes de los moribundos en la Madre Patria. Con razón habéis vuelto los ojos al cielo, y habéis organizado estas públicas preces por nuestros hermanos de Europa. Yo os felicito porque en vez de imaginar tan sólo una colecta de dinero (como se acostumbra hoy día) habéis pensado en recurrir al Dios Omnipotente de quien sólo puede venir el remedio de tantos

males: *adjutorium nostrum in nomine Domini.* Tarde llegaría el socorro de plata, y tal vez mermado, y mal distribuido. Pero el trono del Todopoderoso está igualmente cerca de la Vieja y de la Nueva España; en un instante le pueden llegar nuestras súplicas, y en un instante también puede mandar si le place, al Angel exterminador, como en Jerusalén en tiempo de David, como en Roma en tiempo de San Gregorio, que envaine el terrífico acero aun antes del tiempo prefijado.

Creo no interpretar torcidamente vuestras intenciones, si me figuró que no tienden á ello sólo vuestras plegarias. Queréis ¿no es verdad? ablandar el corazón del Padre de las misericordias, para que el espíritu vengador no esgrima esa espada contra nosotros. Mi discurso, por tanto, os indicará el modo de hacer fructíferas vuestras oraciones; os exhortaré á poner toda vuestra esperanza en Dios y de ninguna manera en los hombres, impotentes ahora lo mismo que en los siglos pasados contra el terrible mensajero del cielo que llamamos peste. No extrañéis que, tratándose de un asunto tan palpitante, cite más bien que á SS. PP. á historiadores profanos y periódicos del día; y que traiga á colación reminiscencias quizá demasiado personales, pero que me parecen á propósito para conmover vuestros corazones.

Quiera la Virgen, cuyo dulcísimo Nombre es óleo derramado *oleum effusum nomen tuum.* según la expresión del Cantar de los Cantares, ayudarnos á desarmar la diestra de su Hijo Divino. Saludadla con el Angel y con la Iglesia hoy que celebramos la fiesta de ese mismo glorioso Nombre, que le impuso el Eterno Padre desde antes de su concepción.

Ave María.

I.

Es indudable, dice San Jerónimo, que la peste es un castigo de nuestros pecados. Sin que lo afirmara tan insigne Padre y Doctor, la conciencia universal lo siente y declara; pero lo que sí parece duro á nuestra humana inteligencia, es creer que tamaña calamidad sea una de las manifestaciones más exquisitas de la misericordia del Señor. Y sin embargo, tal es la verdad, y así en diversos lugares nos lo explica el mismo Doctor Máximo de la Iglesia Latina. ¡Cuántos seguirían pecando sin cesar día tras día y hora tras hora, sin mirar ni á la ofensa de Dios ni al escándalo del prójimo! Pero viene la peste, y pone fin á la cadena de crímenes que parecía interminable. Al verse sumergidos por las aguas del diluvio, muchos lloraron sus culpas y salvaron sus almas al anegarse sus cuerpos. Muchos Egipcios que, victoriosos, se habrían ensañado sobre Israel y perseverado hasta la muerte en su impenitencia, al ver las aguas del Mar Rojo cerrarse sobre sus cabezas, se humillaron, y movidos de contrición exhalaban el último suspiro. El fuego de la Pentápolis hizo volver sobre sus pasos á no pocos de aquellos obstinados pecadores, que sin tal castigo habrían perecido entre las flores de sus infandos placeres.

Aunque difíciles, se comprenden estas verdades; y el enemigo de las almas, que mejor que nosotros las sabe y las penetra, se esfuerza por hacer infructuosa la misericordia del Señor manifestada por medio de la peste. Unas veces nos infunde temeraria confianza; otras nos hace creer que la fuga oportuna nos salvará. En los tiempos actuales nos ha inspirado una adoración idolátrica por la ciencia moderna, persuadiéndonos que nuestros antepasados fueron unos ignorantes, y que la medicina de hoy día sabe triunfar aun de la muerte. Se sirve, como de mensajeros suyos propios, de aquellos encargados de velar sobre nuestro bienestar material,

y les sugiere medidas que parece que tienden al bien de los cuerpos, y que en último resultado dañan al cuerpo y al alma. Otras veces, llegado el caso, les inspira tal cobardía que abandonan á sus subordinados; otras les infunde aparente valor, para que los afligidos súbditos confíen en el hombre más bien que en el auxilio divino. Pero ¡ay! nunca más que en los tiempos de contagio se verifica al pié de la letra el anatema de la Escritura: maldito el hombre que en el hombre confía. *Maledictus homo qui confidit in homine.*

Como nada hay nuevo bajo del sol (según dice el Eclesiástico) y, á pesar del decantado progreso, el corazón humano es ahora lo mismo que hace trescientos y mil años, permitidme que con ejemplos de una que otra de las pestes más celebres que han desolado al mundo, os excite á poner toda vuestra confianza en el Señor, y os pruebe que de los hombres, como hombres, nada tenéis que aguardar para vosotros mismos si llegare el caso (que Dios aleje) de veros invadidos, ni para vuestros hermanos de España, por quienes venís á rogar. Imposible sería enumerar todas las plagas que han afligido al género humano: básteos saber que sólo en Marsella desde Julio César hasta el año actual, han hecho estragos veintidos pestes (y temo no llegar al número exacto). Obligado á escoger entre todas tres ó cuatro á lo sumo, me fijaré en aquellas cuyos horrores se mitigan con el brillo de alguna de esas heroicas figuras que sólo el catolicismo produce.

Era el año de 1576. Gobernaba á Milán, como arzobispo el insigne San Carlos Borromeo; y en lo civil á nombre de Felipe II rey de España, el Marqués de Ayamonte. El jubileo, celebrado el año anterior en Roma, se había extendido al resto del mundo, y se aprestaban á venir á la Capital de la arquidiócesis milanesa, multitud de fieles reunidos en piadosas romerías. A pesar de ser aquella una edad de fe y de religión, no quiso el gobernador civil (lo mismo que los prefectos

de Marsella y Tolón en nuestros días) permitir semejantes reuniones: temía que la peste que ya había estallado en algunas ciudades circunvecinas, entrase á la Metrópoli en las cruces de las procesiones ó en los báculos de los romeros. Pero aunque el contagio se hallaba ya á las puertas de Milán, en el mes de Agosto, no temió que se introdujera en los equipages de D. Juan de Austria que después de haber vencido en Lepanto pasaba á pacificar á Flandes; y ordenó grandes fiestas en honor del hermano de su rey: fiestas que aglomeraron tropas y curiosos, nobles y campesinos, de lugares infectados al par que de pueblos aún inmunes. Los que habían temido las reuniones en las Iglesias, no temieron las de los teatros: los que juzgaron perniciosas las peregrinaciones declararon inocentes las orgías: los que impidieron las públicas preces estimularon los públicos escándalos: los que alejaron de la confesión y la Sagrada Mesa, condujeron á tabernas y lupanares.

¡Así fué el castigo que Dios irritado por una parte, y no ablandado por otra con preces y súplicas, mandó á la delincuente ciudad! No sólo al Turco llevó el héroe de Lepanto desolación y muerte, sino también á los desdichados milaneses. El mismo día de su triunfal entrada se declaró la peste en la Ciudad, que tuvo él que abandonar sin tardanza, desdeñando los banquetes y torneos, los saraos y teátricas representaciones que en su honor se habían aparejado.

Lejos de mí el increparlo por su partida, y llamar fuga la continuación de su viaje, como han hecho algunos escritores, envidiosos de su gloria y de la de España. ¡Cobarde el lidiador de las Alpujarras! ¡Cobarde el caudillo que en la proa de su almiranta embestia á Aalí-Bajá y humillaba para siempre al Musulmán! Pero si su propio personal deber era partir cuanto ántes de la ciudad, infestada ó no, y reservar su espada para los rebeldes flamencos; el deber de la multitud de nobles y altos funcionarios que en su seguimiento salieron hu-

yendo de la peste era permanecer en medio de sus conciudadanos, aliviando sus miserias y socorriendo sus necesidades. Muy lejos de eso, hasta el Gobernador huyó, y fué menester una excitativa del santo Arzobispo, no para que volviera (eso jamás lo hubiera conseguido) sino para que expidiera órdenes severas á los personajes principales á fin de que regresaran ó permanecieran en la ciudad: órdenes infructuosas sin el ejemplo de quien las daba.

Hé aquí ¡oh pueblo de Milán!, lo que puedes esperar de los que estorbaban tus plegarias, y te excitaban á la prostitución y al desorden. Todos te abandonan á tu suerte, todos huyen y el Señor también te desampara porque no en Él sino en los hombres has puesto la esperanza: *maledictus homo qui confidit in homine.*

¡Ah no, no todos te abandonan! El ángel del Señor, encarnado en tu santo Arzobispo, permanece en tu seno, y te custodia, y te ampara, y te salva. Él á ruego de los decuriones de la Ciudad, se encarga de su gobierno espiritual y temporal durante el contagio, él á todos se prodiga, él no ahorra su hacienda ni custodia su vida, él ordena y ejecuta, es cabeza y manos á la par, se hace todo para todos, como buen Pastor, y durante el año y medio que dura la peste, salva infinidad de almas, y salva también muchísimas vidas.

Pero una vez pasado el primer pánico, vuelven aquellas autoridades civiles á ingerirse de una manera indebida, y so pretexto de dictar medidas salvadoras, impiden el bien espiritual del pueblo que cobardemente abandonaron, y hasta prolongan con su imprudencia la duración de la plaga. Se había establecido una cuarentena, útil al principio, perniciosa cuando ya el contagio había perdido su fuerza. Confinaba á sus casas á todos los habitantes, y sólo los públicos funcionarios circulaban por las calles llevando lo necesario para las familias y sacando á los enfermos para el hospital, los muertos para el camposanto. ¡Imaginaos un encierro de largos

meses! ¡Imaginaos el abandono de las últimas semanas en que el cansancio se había apoderado de los pocos que libremente circulaban! Vicios sin cuento engendró esta ociosidad, y los vicios prolongaron la peste: las privaciones y el desánimo hicieron más daño que la misma plaga. Todo esto escribió San Carlos repetidas veces al obcecado Gobernador; pero en vano. Se empeñaba en no creer lo que le inculcaba el santo Prelado: que de Dios sólo había venido el mal, y Dios sólo podía curarlo. Al fin convencido, derogó los vejatorios edictos; y un solemne voto hecho por la ciudad á San Sebastián, despues de públicas procesiones, libró á la despoblada Milán del azote que tantos meses la había afligido.

¡Oh progreso moderno! ¿Dónde están tus decantados adelantos? ¿Creeríais, Señores, que los mismos desaciertos se están cometiendo actualmente no sólo en pueblos de ignorantes aldeanos, sino en la misma corte de España? Aunque sabios y numerosos médicos declaran inútiles cuarentenas terrestres y cordones sanitarios, aunque la prensa toda clama contra supérfluas y dispendiosas medidas de este género, desdichada la familia en cuya casa hay un solo enfermo. No se permite ya la salida á ninguno de los habitantes de aquella triste mansión, ni para procurarse medicinas, ni para buscar alimentos. ¿Va algún pariente á visitarlo? Apriornado queda igualmente. ¿Se llama al notario para redactar la última voluntad, á los testigos para poner en ella su firma? ¡Desdichado funcionario, desdichados amigos! A ellos también comprende la ley que ¡pasmaos de la contradicción! exceptúa á los médicos, cual si ellos no llevaran el contagio, dado caso que de esta manera se comuniquen.

No atribuyáis á intempestivo prurito de atronar los aires con vanas declamaciones, lo que os vengo refiriendo. Nárrolo únicamente para corroborar más y más la ya asentada máxima de que no debéis poner vuestra

confianza en los hombres sino en Dios solo. Si de vuestros hermanos remotos se trata, sabed que con estas vuestras plegarias los auxiliáis más eficazmente que los que cerca se encuentran con sus socorros materiales. Si se trata de vosotros mismos, con tiempo preparaos. En el momento dado, de seguro no hallaréis quien os atienda, quien os cierre los ojos, quien ejecute vuestras últimas voluntades. Si, pues, algo tenéis pendiente con Dios ó con los hombres, arregladlo con anticipación pues no podéis confiar en auxilios humanos. *Maledictus homo qui confidit in homine.*

II.

No os pese escuchar otro episodio, aunque triste, también consolador. Él, espero, os hará elevar con mayor confianza el corazón y los ojos hácia aquel monte santo de donde os ha de venir el socorro *levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.*

Estamos en Marsella, y en el año de 1720. ¿Qué sucede con esta populosa ciudad, que no hay en ella ni autoridades, ni ricos, ni nobles? El lazareto se halla sin administrador, los tribunales sin jueces, las oficinas de contribuciones sin recaudadores. ¿Qué ha sucedido, para que la anarquía se haya entronizado de súbito en este floreciente puerto? Es que la peste lo ha invadido; todos se han escapado, y el Obispo se ve obligado á constituirse en supremo magistrado universal. Hasta hace dos ó tres años en que la derribó el fanatismo radical, la estatua de este digno émulo de San Carlos Borromeo se elevaba gloriosa en una de las plazas principales; su nombre está grabado en el corazón de todos los Marselleses: llamóse Francisco Javier Belsunce de Castelmorón. Dejadme que os cite algunas de sus propias palabras, que os darán idea de los horrores de la peste y de los trabajos del santo Prelado: "Por la gracia de Dios (escribía en 20 de Octubre de 1720, al

Obispo de Tolón) por la gracia de Dios aún estoy en pié, entre montones de moribundos y de muertos. Todos han caído en torno mío, y de los ministros del Señor que me han acompañado en mis rudas tareas, no me queda más que mi capellán. De mi casa, convertida en hospital de apestados, han salido once muertos, y aun me quedan otros cinco enfermos de mi familia episcopal."

Lo que sigue es horripilante; es quizá demasiado *realista* como hoy se dice, pero dejadme que os lo repita: mi deber no es halagar vuestros oídos, sino excitaros á la contrición infundiendo en vuestros pechos saludable terror. "Ay de mí (dice el caritativo Obispo) ¿qué no he visto, qué no he sufrido en esta época luctuosa? Durante ocho días he tenido que soportar la vista y el olor de doscientos cadáveres en putrefacción hacinados en derredor de mi casa y bajo mis ventanas. Al recorrer las calles las he hallado todas sin excepción obstruidas por cadáveres corrompidos, que formaban doble valla por ambas aceras y en muchos de los cuales se habían ya cebado perros hambrientos. Casi no había donde poner los piés. Era preciso ir saltando entre los muertos con una esponja empapada en vinagre bajo la nariz, y la sotana arremangada, para buscar alguno á quien confesar entre tantos que habían ya perecido."

¿A qué seguir la triste descripción? Cúmpleme sólo deciros que ni medidas higiénicas, ni cuarentenas, ni aislamientos, ni remedios de médicos, ni providencias de autoridades, hicieron cesar el terrible contagio. ¿Sabéis lo que por fin puso término á tamaña desolación? Oid y aprended.

El 1.º de Noviembre de ese año terrible, las campanas mudas hacía ya cuatro meses, reanimaron, al rayar el alba, con alegres repiques, la fe y el valor de los Marselleses. Las Iglesias estaban hacía tiempo cerradas, pero en la extremidad de una calle larguísima y añcha se erigió un altar al cual el santo Obispo con los

restos de su clero, se dirigió procesionalmente, con los piés desnudos y una soga al cuello. Allí entre las lágrimas y sollozos del pueblo, celebró los divinos misterios, predicó un patético sermón, y consagró su diócesi al Sagrado Corazón de Jesús. Desde ese instante disminuyó la fuerza de la peste, y al poco tiempo se vió libre el afligido puerto del maligno huésped que á su pesar había albergado.

III.

Pues ya empecé á cansar vuestra atención, permitidme que apure hasta el cabo vuestra paciencia, y que en vez de abrir las páginas de la historia, os ofrezca algunas reminiscencias personales. La primera vez que el cólera morbus traspasó los límites, que en las riberas del Ganges le había señalado la naturaleza, fué en 1817. No lo seguiremos en su fúnebre paseo por la China, la Persia y la Arabia: bástenos recordar que en 1830 hizo su funesta entrada en Europa y que en 1833 atravesó los mares para recorrer nuestro territorio. Pocos habrá entre los presentes que recuerden los estragos de aquel año; pero sí no se habrá borrado la memoria de la plaga que nos desoló hácia los años de 1850. Aún recuerdo las misiones en las calles y plazas con que los prelados de entonces preparaban á los pueblos á la fatal visita; aún no habéis olvidado vosotros los ejemplos de caridad que en esta ciudad dieron beneméritos seculares. En 1855 visitó de nuevo el huésped terrible algunas regiones de Europa y algunas poblaciones de nuestro país; pero fué con tal rapidez y comparativa benignidad, que los hombres en vez de atribuir este cambio á la misericordia del Señor, lo declararon fruto de los adelantos de la ciencia y entonaron himnos de sacrilego triunfo. ¡Ah! Terrible fué el momento en que despertaron del sueño, *Maledictus homo qui confidit in homine.*

Llegó el año de 1865. Marsella, Sevilla, Madrid se vieron de súbito atacadas. Así como ahora ha venido el furor de las cuarentenas, del aislamiento, de las fumigaciones, así entonces acometió á todos la manía de negar la existencia de la epidemia y de huir cuando ya no era posible negarla. . . . ¡Ah! Con los ferrocarriles no hay peligro: (dijeron los siervos del mundo) el huésped del remoto Ganges no puede viajar tan aprisa como el vapor. Poned máquinas y más máquinas, encadenad trenes tras trenes. Aunque se dé la vuelta al globo terraqueo iremos siempre llevando millares de leguas de ventaja al angel exterminador. Sólo la vil mendicidad, hoy infame como en tiempo del paganismo, y la falta de limpieza que trae consigo la miseria, darán albergue á la plaga del Asia. Ella no se hizo para los ricos ni penetrará esta vez en los palacios.

¡Ah! Maldito el hombre que en el hombre confía. Terribles fueron los estragos que hizo esta ocasión el azote del Ganges; pero se cebó de preferencia en los que regresaban á las ciudades de donde habían salido, al saber que ya estaban libres de la peste. Caprichoso y juguetón (si así puedo expresarme) del mismo modo que en el Hindostán se le ha visto atacar en los cuarteles ingleses con regularidad sistemática, cada segunda, cada tercera cama de un dormitorio, olvidando las intermedias, preferir tales regimientos, dejar ilesas tales compañías, así en Madrid hubo calle en que asaltó todas las casas de una acera, mientras en las de enfrente se gozaba de perfecta salud. Aun recuerdo con horror la mañana del 7 de Octubre, en que amanecieron postrados veintidos en el Colegio de los Beneméritos PP. Escolapios, 19 (entre veintiuna) de las monjas carmelitas, centenares de soldados en un solo cuartel, docenas de obreros en una sola fábrica. ¡Y esta vez señaló como víctimas á los robustos y sanos, apartándose de los débiles y enfermizos!

Más funestos son mis recuerdos de la subsiguiente

invasión. La Roma moderna, lo mismo que la antigua, se despuebla en el Otoño, y salen sus habitantes á respirar aires más puros, ya en los puertos de mar, ya en las aldeas que adornan las colinas del Lacio. Como en un tiempo la erupción del Vesubio sorprendió á los que en Pompeya se entregaban al reposo y á los placeres, así el cólera vino á trocar de súbito en espanto y desolación, el autumnal recreo de la aristocracia de Roma y de Nápoles que se solazaban en Albano. No hubiera causado más estragos una lluvia de lava. Como aquel día en que no hubo casa en Egipto desde el alcázar de Faraón hasta la choza del labriego, que no llorara la muerte de su primogénito, así en esa pintoresca ciudad, al salir el sol una funesta mañana alumbró dos cadáveres en la mansión de los soberanos de Nápoles, otros en las quintas de los nobles romanos y funcionarios de la Corte Pontificia, y ciento y ciento en las moradas de los pobres aldeanos y numerosos forasteros.

Ahorradme la descripción de las escenas que presentaban aquellas inmundas calles. Lo que de Marsella narraba el Obispo Belsunce, es en menor escala, aplicable á la desdichada Albano. Solamente que esta ciudad estaba por fortuna suya bajo el régimen del Pontífice-Rey, y no sufrió el abandono, de que en semejantes casos otros pueblos se han lamentado. Compañías de zuavos del ejército pontificio se ofrecieron á servir de enfermeros y enterradores, y volaron á ejercer sus caritativos oficios, y á perecer víctimas de su celo.

Hallábase en una fiesta literaria en Roma el Obispo de esa diócesi suburbicaria, cuando recibió las fatales nuevas. Era el Cardenal Ludovico Altieri, de la antigua familia de los príncipes de ese nombre, delicia de la sociedad romana, flor de su aristocracia. Camarleno á la sazón de la Santa Iglesia Romana, insigne literato diplomático consumado, y el ídolo de los que estábamos á sus inmediatas órdenes. Sin vacilar interrumpe la fiesta, y con voz tranquila dice á la estupe-

facta concurrencia: "El cólera ha invadido la Capital de mi Obispado. Marcho á cumplir con mi deber. Orad por mí porque voy á ser una de las primeras víctimas." Acompañado de un solo familiar, que voluntariamente á ello se ofrece, parte para la afligida ciudad, y se cumple ¡ay! su triste predicción. Hábil pintor nos ha dejado la memoria de sus caritativas hazañas. Nos ha representado á lo vivo en el lienzo aquellas calles asquerosas en medio de las cuales se descubre la noble figura del venerable Cardenal. Con el Santísimo Sacramento en las manos, todas las recorre entrando en cada una de las casas infestadas, suministrando á los enfermos el Viático Sagrado, dirigiendo á todos palabras de consuelo. Pero no se atrevió á representarlo el artista en el camposanto en medio de cadáveres ó insepultos ó medio sepultados, dirigiendo personalmente los entierros y bebiendo allí la infección. Esa misma tierra que él hacía remover, lo cubrió á él propio apenas llegado, y sin el monumento que á su rango se debiera, allí está todavía, y allí voy (siempre que atravieso los mares) á hacer una fúnebre y filial visita á mi antiguo jefe y favorecedor. El Señor que á San Carlos sacó ileso del contagio, que á Belsunce permitió permanecer en pié hasta el fin sobre aquellos montones de cadáveres, al Cardenal Altieri concedió la gracia más sublime de coronarlo mártir de la caridad.

IV.

No sólo por rendir al que fué mi superior, póstumo tributo de lágrimas y veneración, os he narrado el ejemplo que acabáis de oír, sino por motivos que muy de cerca os atañen. A sus órdenes igualmente estuvo conmigo un varón ilustre, hijo de la risueña Málaga, cuyo nombre ha llenado en los últimos días, todas las

gacetas del universo (1). Había abrazado la carrera eclesiástica más tarde que sus demás compañeros, era de mayor edad que nosotros, y una vez separados, permaneció él largo tiempo entregado á la vida de quietud y privado reposo, que aun en el sacerdocio le permitía su cuantiosa fortuna. En las actas del Consistorio del último Marzo me regocijé ver el nombre de mi amigo y compañero entre los obispos preconizados, y me apresuré á saludarlo con efusión Obispo de Murcia.

¡Terrible, cuanto glorioso, ha sido su noviciado, y las lecciones del Cardenal Altieri no fueron perdidas por su ilustre discípulo! Oíd lo que de él narra reciente periódico español:

"La audiencia de Murcia no puede celebrar juicios por no haber quedado en ella más que dos magistrados; las oficinas, el Ayuntamiento y la Diputación experimentan el mismo vacío. Todos huyen y el pánico es indescriptible.

"Sobre el universal terror se levanta la hermosa figura del virtuoso Obispo, que, auxiliado de su clero, está haciendo portentos de caridad. De su bolsillo particular lleva repartidos por su propia mano entre pobres enfermos más de quince mil pesetas; pródigo de su persona como de su dinero, visita diariamente á los coléricos, y no escasea molestias ni sacrificios de ninguna clase en bien de sus diocesanos. El Cabildo, los Párrocos, el Clero todo, sigue heroicamente la noble conducta de su Pastor, y firme cada cual en su puesto, ofrecen todos un espectáculo sublime de abnegación que admira á los hombres y alegra á los ángeles."

Telegrama todavía más reciente nos anuncia la liberación de Murcia; y puedo saludar á mi amigo y colega, vencedor de la muerte y de la epidemia. Pero al mismo tiempo permitidme, ¡oh piadosos promovedores

(1) El Ilmo. Sr. D. Tomás Bryan y Livermore, alumno que fué de la Pontificia Academia de Eclesiásticos Nobles, de que era superior el Cardenal Altieri.

de esta fiesta! permitidme derramar una lágrima sobre otro de vuestros Prelados que ha sucumbido. Hace apenas un lustro, á la sombra de la Alhambra y del Generalife, me saludaba en latinos sáficos versos el ilustre Arzobispo de Granada. Cuando, después de tanto sufrir con los recientes terremotos, nos regocijábamos sus amigos de verlo trasladado á la insigne metropolitana de Sevilla, nos ha entristecido el contemplarlo cubierto, en vez de la púrpura que no tardaría en llegarle, con el fúnebre sudario del colérico. Arrojemus flores de oraciones y alabanza sobre la tumba del glorioso Arzobispo, de tantos miembros del clero secular y regular, de tantas hermanas de la caridad, y de tantos funcionarios públicos como han sucumbido víctimas del deber y de su amor al prójimo.

V.

¿Qué conclusiones prácticas debemos deducir de cuanto os he expuesto en mi extraño sermón? Redoblemos ante todo nuestras plegarias por nuestros hermanos ausentes; y si continuare la plaga, no olvidemos socorrer con limosnas á los que sobrevivan. Colectas entre los que á tanta distancia moramos, poco sirven en lo general para los apestados; pero sí son útiles después de la peste para los desdichados que sumergen en la miseria más que la enfermedad, las cuarentenas y medidas vejatorias que han dado en prescribir la mayor parte de los gobiernos, y que causan mayores estragos que el cólera mismo.

Por lo que á nosotros toca, no aguardemos á que venga el contagio, para dirigir al cielo nuestras plegarias en público y en privado. El fin del Señor al mandarnos tales azotes es, como antes os indiqué, nuestro arrepentimiento y enmienda. Si, pues, con tiempo purificamos nuestra conciencia, si reformamos nuestras

costumbres, si restituimos lo ageno, si nos reconciliamos con nuestros enemigos, si normamos, en suma, nuestra vida á la ley de Dios y á las prescripciones de la Iglesia, podemos estar seguros que no desenvainará su espada el Angel exterminador.

Si á pesar de todo nos visita la peste, yo os ruego á todos que no dejéis que el miedo os haga perder la razón. Escarmentad con las pasadas plagas, cuya historia he abierto hoy á vuestros ojos, y no permitáis que en esta ciudad se repitan las tristes escenas que en otras partes nos indignan á veces, y á veces nos mueven á sardónica risa. Sobre todo, no impidáis, ni permitáis que se impida al pueblo cristiano, dar rienda suelta á su devoción y prácticas piadosas, que solas pueden aplacar la ira justísima del Señor.

Que el nombre de María, pronunciado á todas horas por nuestros lábios, sirva de oleo suavísimo y bálsamo saludable á los enfermos; de talismán y preservativo á los sanos. Que San Sebastián y San Roque, que tantas veces han hecho desaparecer la peste en el nuestro y en ajenos países, no permitan ahora que se acerque á nuestras puertas, para que mayor número de fieles y devotos cristianos sirva á Dios, y lo alabe y lo glorifique aquí en la tierra, y por toda una eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS

